

# Democracia/Estado/Ciudadanía

Hacia un **Estado**  
*de y para*  
la **Democracia**  
en **América Latina**



Serie Contribuciones al Debate  
Volumen II

Democracia/Estado/Ciudadanía: Hacia un Estado de y para la Democracia en América Latina / Coordinado por Rodolfo Mariani – Lima: Sede PNUD

© Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo - PNUD, 2007  
Av. Benavides 786, Miraflores, Lima 18, Perú

© Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2007 1 UN Plaza, New York, NY, 10017, Estados Unidos de América.

Copias electrónicas de esta publicación pueden accederse en:

**[www.democracia.undp.org](http://www.democracia.undp.org)**

530 de Páginas: 17 x 24 cms.

*Portada:* Camilo Jaramillo Rengifo

Primera edición, febrero 2008

Tiraje: 3000 ejemplares

Esta publicación ha sido posible gracias a la ayuda financiera de la Unión Europea. En ningún caso debe considerarse que los análisis y recomendaciones de la misma reflejan la opinión oficial de la Unión Europea.

El análisis y las recomendaciones de esta publicación no reflejan necesariamente las opiniones del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, de su Junta Ejecutiva, ni de sus Estados Miembros. Es una publicación independiente preparada por encargo de la Dirección Regional para América Latina y el Caribe del PNUD. Este libro es fruto de las contribuciones de un conjunto de prestigiosos expertos y del equipo coordinador del libro.

*Preprensa:*

Mirza Editores e Impresores S.A.C.

Teléfono: 330 6402 - 9834 1937

Lima - Perú

*Impresión:*

FIMART S.A.C.

Teléfono: 424 0662

Lima-Perú

Hecho el Depósito Legal 2007-12563

ISBN: 978-9972-612-30-5

# Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

*Administrador*

Kemal Dervis

*Administradora Auxiliar y Directora Regional  
para América Latina y el Caribe*

Rebeca Grynspan

*Asesora Regional de Gobernabilidad Democrática*

Myriam Méndez Montalvo

*Coordinador del Libro "Contribuciones al Debate, Volumen II"*

Rodolfo Mariani

## *Autores*

Guillermo O'Donnell	Marcela Ríos Tobar
Laurence Whitehead	Maria Teresa Zegada
Rodolfo Mariani	George Gray Molina
Fátima Anastasia	Juan Carlos Moreno Brid
Nuria Cunill Grau	Martín Puchet Anyul
Marta Arretche	Álvaro García Hurtado
Celina Souza	Cecilia López Montaña
Isidoro Cheresky	Bernardo Kliksberg
Mitchell Seligson	Juan Gabriel Valdés
Federico Vázquez Calero	Luís Guillermo Solís
Rania Antonopoulos	David Ibarra
Francisco Cos Montiel	Jean Jacques Kourliandsky

## *Anexo Estadístico*

Gerardo Munck

Jeffrey Bosworth

Pamela Phillips

## *Equipo de Coordinación*

Daniel Mulet Lind

# ÍNDICE

## PRÓLOGOS

Kemal Dervis

*Administrador del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo* 9

Benita Ferrero-Waldner

*Comisaria de Relaciones Exteriores de la Comisión Europea* 13

Rebeca Grynspan

*Administradora Auxiliar y Directora Regional para América Latina y el Caribe del PNUD* 15

## PRESENTACIÓN

Myriam Méndez-Montalvo

*Asesora Regional de Gobernabilidad Democrática del PNUD* 19

## PROPUESTA DE REFLEXIÓN:

Guillermo O'Donnell: *“Hacia un Estado de y para la Democracia”* 25

## COMENTARIOS Y APORTES:

### ■ *Democracia y Estado*

Laurence Whitehead:

*“Variabilidad en la aplicación de derechos: una perspectiva comparada”* 65

Rodolfo Mariani:

*“Democracia, Estado y construcción del sujeto (ciudadanía)”* 79

Fátima Anastasia:

*“Estado, sociedad e institucionalidad democrática”* 99

### ■ *Democracia, Estado e Instituciones*

Nuria Cunill Grau:

*“La construcción de ciudadanía desde una institucionalidad pública ampliada”* 113

Marta Arretche:	
<i>“Estado Nacional y Derechos de Ciudadanía: extrayendo lecciones de la parte llena del vaso”</i>	139
Celina Souza:	
<i>“Gobiernos Locales en el Brasil: experiencias y dilemas de la democracia participativa”</i>	153
■ <i>Democracia, Instituciones y Sociedad</i>	
Isidoro Cheresky:	
<i>“Comentario a propósito del Estado y la democracia”</i>	179
Mitchell Seligson:	
<i>“El Estado, la gobernabilidad y la legitimidad política en América Latina”</i>	189
Federico Vázquez Calero:	
<i>“México en el espejo latinoamericano: política, Estado y ciudadanía”</i>	201
■ <i>Democracia, Estado y Diversidad</i>	
Rania Antonopoulos y Francisco Cos Montiel:	
<i>“Estado, diferencia y diversidad: buscando un camino con mayor democracia e igualdad de género”</i>	233
Marcela Ríos Tobar:	
<i>“Género, Ciudadanía y Democracia”</i>	253
María Teresa Zegada:	
<i>“Democracia y diversidad: una visión desde la crisis boliviana”</i>	275
George Gray Molina:	
<i>“El Estado del interculturalismo en Bolivia”</i>	291
■ <i>Democracia, Estado y Economía</i>	
Juan Carlos Moreno-Brid y Martín Puchet Anyul:	
<i>“Objetivos, alcances y limitaciones de la intervención del Estado en la economía en América Latina y el Caribe para impulsar un desarrollo socialmente incluyente”</i>	309
Álvaro García Hurtado:	
<i>“Un Estado democrático en América Latina: de la visión a la acción. Una perspectiva económica”</i>	325
Cecilia López Montaña:	
<i>“Democracia y política social en América Latina”</i>	341

Bernardo Kliksberg:	
<i>“América Latina: la región mas desigual”</i>	357
■ <i>Democracia, Estado y Globalización</i>	
Juan Gabriel Valdés:	
<i>“Notas sobre globalización y política en América Latina”</i>	373
Luis Guillermo Solís:	
<i>“Estado y globalización”</i>	391
David Ibarra:	
<i>“México: democracia, Estado de derecho y globalización”</i>	405
Jean Jacques Kourliandsky:	
<i>“Europa, democracia y economía global”</i>	409
RESEÑA DE AUTORES	423
ANEXO ESTADÍSTICO	
Indicadores sobre Democracia y Ciudadanía del Proyecto para el Desarrollo de la Democracia en América Latina (PRODDAL) 2006	429
<i>Índice de tablas</i>	429

# DEMOCRACIA, ESTADO Y GLOBALIZACIÓN

Juan Gabriel Valdés

Luís Guillermo Solís

David Ibarra

Jean Jacques Kourliandsky

# Notas sobre globalización y política en América Latina

*Juan Gabriel Valdés\**

## I. ACERCA DEL CAPITALISMO GLOBAL

Establecer las relaciones precisas que podrían existir entre la globalización y la política en una región determinada no es ni simple ni lineal. Arriesga incurrir en las mismas generalidades e imprecisiones que podría tener la búsqueda de uniformidades en la relación entre capitalismo y política, entre “dependencia” y política, o entre “desarrollo” y política, por recurrir a algunos conceptos estrechamente ligados a la historia de la exploración de lo que Wallerstein ha denominado “sistema-mundo”.<sup>1</sup>

Es innegable, sin embargo, que la cuestión de “los efectos”, “los riesgos” o “las oportunidades” de “la globalización” para la economía, la sociedad y la política, constituye hoy un tema recurrente en todo análisis de la situación regional, ya sea entre académicos o políticos. Entre otras cosas, porque la identidad cognitiva del concepto ha devenido mucho más nítida y expandida que la de cualquier otro en su género. Mientras las élites políticas son cada día más conscientes del impacto que generan en sus sociedades los procesos financieros, comerciales y tecnológicos globales, para todos o casi todos los habitantes del planeta la expansión del consumo de marcas globales, de la tecnología globalizada y de las comunicaciones globales constituye una experiencia física ineludible.

Por su parte, la llamada “globalización política”, que incluye la preocupación por los Derechos Humanos y una voluntad de expandir la democracia en el mundo, ha adquirido igualmente una visibilidad universal, aunque está lejos de adquirir la presencia imperativa que los fenómenos económicos y tecnológicos tienen para el hombre y la

\* Doctor en Ciencia Política. Ex Canciller de Chile.

mujer común. A diferencia de aquellos, las propuestas políticas liberales denotan de manera más directa y evidente la expansión del poder norteamericano y de Europa occidental tras el desplome comunista. Tienen dirección conocida.

Es en la versión más difundida, la periodística o política, especialmente cuando ésta busca describir sus características económicas y tecnológicas, cuando el concepto de globalización adquiere un vuelo ideológico mayor. Se reviste de una capa de neutralidad que la transforma en algo tan innegable y evidente como la ley de gravedad. Y goza de esta singularidad incontestada, por cuanto desde el fin del socialismo real, la aparente homogeneización del mundo se realiza bajo un solo modelo, el de los países capitalistas desarrollados. La globalización invita así a una reiteración de tautologías, ya que es por definición la apertura de los mercados, pero al mismo tiempo requiere de su apertura como condición de existencia; es el mercado mundial, pero a la vez requiere que ese mercado exista; es el flujo sin trabas de capital financiero y a la vez requiere de ese flujo para no ser contradicha. En este marco conceptual, la globalización ha sido plenamente funcional a la expansión del pensamiento neoliberal, por cuanto se afirma que para existir requiere de menos Estado y de mayores libertades económicas. Al extremo, el concepto arrastra tal cantidad de supuestos, añadidos a su naturaleza esencial, que se reduce a una categoría más retórica que analítica, sólo útil para quienes requieren una variable explicativa o justificativa única para todo o casi todo lo que sucede en el plano del Estado y de las sociedades de la región. Como dice Lins, la “globalización” desde los años 90 se ha convertido en (...) una ideología y una utopía, una verdadera fórmula o mantra recitado por las élites transnacionales, internacionales y nacionales”.<sup>2</sup>

Y de la misma manera, como toda ideología genera una contraria, surgen quienes retratan la globalización como una pretensión de sujeción y destrucción de la soberanía de cada nación conducida por la potencia hegemónica mundial, los Estados Unidos. O como una amenaza a la autonomía cultural, a la diversidad cultural y a la propia existencia de un mundo en relación armónica con el medio ambiente; en suma, como el peligro principal al que hay que combatir. Ante este panorama es difícil no estar de acuerdo con Sloterdijk cuando dice que la globalización se ha transformado en “una cantidad de exageraciones exaltadas”, un “receptáculo para afirmaciones sin consistencia sobre el curso del mundo”, que crean “fantasmas simplificadores de uso doméstico y político”<sup>3</sup>

Sin embargo, si de lo que se trata es de entender la relación de la globalización con la política la cuestión debe ir más allá de la crítica ante su connotación tan evidentemente ideológica. En efecto, ¿cómo podría examinarse la relación entre la globalización y la política sin plantearse que el bagaje ideológico adquirido por el concepto se hace inseparable de su existencia como fenómeno social y político? No puede olvidarse que es precisamente a través de la integración del concepto de “globalización” en el marco de su imaginario político y de la manera como este concepto afecta sus intereses individuales o

colectivos, que los actores llegan a codificar su significación política. Así, si para algunos “globalización” significará economía neoliberal, reducción del tamaño del Estado y mercantilización de las relaciones sociales, para otros, globalización será imperialismo y aniquilación de culturas locales.

Por esta misma razón, una observación acuciosa del problema requiere tanto avanzar **más allá** como **más acá** de las perspectivas que abre el uso más común del concepto. Ir más allá significa reconocer desde el inicio, que tras los fenómenos financieros o económicos, la globalización es antes que cualquier otra cosa una occidentalización del mundo: la expansión de una cultura, es decir, la expansión, absorción y transformación de ideas, métodos y técnicas que establecen patrones organizativos de la actividad social. Y esto implica conocer la acumulación de procesos sociales, el desarrollo de contradicciones, la cristalización de estructuras de poder desarrolladas en el tiempo. Es a ellas a las que ahora se agrega un desarrollo específico de carácter tecnológico, que ha incrementado sustantivamente su capacidad de organización y control global. Es a este conjunto de procesos radicalmente acelerados por las transformaciones tecnológicas lo que llamamos globalización.

Ir más acá en el debate sobre la globalización es considerar que lo esencial e irremplazable del fenómeno es su naturaleza tecnológica y comunicacional. Porque la globalización es, en esencia, la expansión mundial de tecnologías modernas de producción industrial y de comunicaciones de todo tipo a través de fronteras: en el comercio, los flujos de capital, la producción y la información<sup>4</sup>. Castells la concibe como un proceso devenido de la capacidad de ciertas actividades humanas, más notoriamente las financieras y económicas, de operar unitariamente conectando el planeta bajo una red de flujos de funciones, en un mismo tiempo real y a escala planetaria, incorporando desde el campo de las finanzas y la economía hasta la globalización de la ciencia, la comunicación e incluso el crimen organizado<sup>5</sup>. En otro lugar la define como una “transformación histórica multidimensional definida por la transformación del sistema productivo, del sistema organizativo, del sistema cultural y del sistema institucional” y agrega: “sobre la base de una revolución tecnológica que no es la causa pero sí el soporte indispensable.”<sup>6</sup>

Si rescato aquí estas síntesis, es porque capturan la esencia del proceso de globalización y por lo tanto están auténticamente dotadas de un grado de neutralidad. No buscan prefigurar los cursos de evolución del proceso, ni predeterminar los múltiples sentidos que necesariamente la política y los actores le adjudican. Para comenzar, no establecen ninguna consecuencia necesaria sobre la relación misma entre la globalización y la política; ni sobre la relación entre la globalización y la ideología que ha sido predominante hasta hace poco en Occidente como “pensamiento único”: un solo mercado mundial desregulado. No sugieren tampoco nociones para el manejo de los efectos de la globalización sobre las sociedades en desarrollo. Ni tampoco sobre el rol de los Estados Unidos, como potencia hegemónica en la “politización” del proceso, en su

animación, promoción o eventual distorsión<sup>7</sup>. Y esto es importante, por cuanto la noción esencial de globalización es, en principio, independiente de todos estos factores y puede ser concebida en el marco de configuraciones diferentes entre ellos.

Sin embargo es precisamente en torno a estas variables, o en la interrelación que necesariamente se genera entre todas ellas, donde se plantea el tránsito desde la identificación de aquellos elementos exclusivamente descriptivos del proceso, hasta la producción de juicios destinados a generar actitudes y propuestas políticas entre los actores. O dicho de otro modo, es en el debate sobre estas cuestiones donde “se politiza” la globalización.

Es en primer lugar en el proceso político que se desarrolla entre la caída del muro de Berlín y el 11 de septiembre del 2001, aquel “período eufórico” del capitalismo que siguiera al desplome del imperio soviético, cuando la globalización aparece conceptualmente atada a tres ideas matrices, que en la mayoría de las apologías iniciales de la globalización aparecen confundidas entre sí. La primera es la de la globalización como “punto de inicio” de una nueva fase de la historia humana; la segunda, la de la globalización como sinónimo de un camino irreversible hacia un mercado único global desregulado, impulsado por la potencia hegemónica global, los Estados Unidos y las empresas transnacionales; y la tercera la de la globalización como el curso progresivo de subordinación de la política a funciones técnicas, o de su absorción por el mercado como parte de la reducción progresiva del Estado Nación ante el despliegue irrefrenable de los conglomerados de poder transnacional.

Sin embargo, desde la misma década de los noventa, pero muy especialmente tras el 11 de septiembre de 2001 y los inicios del conflicto en Afganistán e Irak, estas tres visiones ideológicas adscritas al fenómeno de la globalización han sido contradictorias con distintos grados de radicalidad. A la utopía de la globalización como un cambio radical que supera las estructuras del Estado Nación y evoluciona hacia un mercado des regulado a nivel global, se contraponen quienes, desde posiciones más relativistas y moderadas, ven en la globalización una “condensación capitalista”, procedente de un proceso de “occidentalización” del mundo iniciado con los descubrimientos geográficos del Siglo XV y XVI<sup>8</sup>. Es verdad que la globalización sólo es nueva y sin precedentes en lo que respecta a la magnitud de su revolución tecnológica y comunicacional, a la extensión del comercio y la reducción de las tarifas, a los volúmenes de capital circulante y la supresión del tiempo requerido para su circulación. Pero diciendo esto, se constata de inmediato que de lo que estamos hablando es nada más, pero al mismo tiempo nada menos, que de una “encarnación actual del capitalismo informacional, desregulado y competitivo”<sup>9</sup>.

En segundo lugar, frente a la idea de un proceso irreversible de creación de un mercado único y global y de la superación del Estado Nación, percibido por algunos apologistas globales como “ese artefacto de los siglos dieciocho y diecinueve que ha comenzado a desplomarse”,<sup>10</sup> se plantan quienes si bien reconocen en la globalización

un fenómeno de interdependencia económica inevitable en el marco de la revolución de las comunicaciones, no la entienden atada a la ideología de la desregulación ni del mercado único global; afirman que la vida económica no se integra de la misma manera y con la misma intensidad para todos, y otorgan al mismo tiempo al Estado, un rol fundamental en el gobierno de los impactos, el control de los flujos, y el aprovechamiento de las oportunidades abiertas por el proceso, mitigando y corrigiendo al mismo tiempo el impacto social interno que la globalización necesariamente produce.

Esta postura da cuenta tanto de quienes defienden la ocupación progresiva de las funciones estatales por el mercado, como de los que sostienen que “la modernidad” implica la creación de un mundo de individuos y pequeños grupos integrados en redes globales e indiferentes a los intentos de integración social en entidades de significación política nacional. Porque, como bien dice Habermas, en esta postura de “superación” del Estado, se encuentran tanto los llamados “posmodernos” como los neoliberales. Mientras los primeros afirman que “la flexibilidad nueva de las sociedades hasta ahora organizadas bajo la forma de un Estado nacional acarrearán un “fin de la política”, los segundos al desear –en la medida de lo posible– confiar todas las funciones de regulación social al mercado, sueñan con el mismo objetivo.”<sup>11</sup>

El 11 de septiembre del 2001 ejerció la función de fulminante de una reformulación de los elementos de este debate. La globalización apareció allí bajo nuevas y siniestras luces, al exponer que la expansión tecnológica y económica que ella significaba no fortalecía necesariamente la liberación de los mercados y la expansión de los valores occidentales, incluida la democracia, sino que al contrario, parecía amenazar con su destrucción. La deslocalización de empresas, los bruscos cambios en los flujos de producción y capital, los auges y desplomes de las expectativas generaban movimientos opuestos a los supuestos en el período eufórico, y amenazaban ahora al “locus” esencial del proceso, los Estados Unidos. Pero el fenómeno del terrorismo global y de las migraciones descontroladas del Sur al Norte advirtieron que la esfera económica se hallaba ya superada por la autonomía de fenómenos políticos. Con ello el polvo de las Torres Gemelas cayó junto a muchas de las percepciones ideológicas que habían caracterizado una primera fase de discusión del fenómeno global.

Porque de allí en adelante, fenómenos como el control de las fronteras para prevenir la expansión del “terrorismo global”, o el crecimiento desbordante de la inmigración ilegal, el tráfico de drogas, de armas y del crimen organizado, la aparición de esa figura política atemorizante constituida por los llamados “Estados fallidos” y la necesidad de otorgarles prioridad en el plano de la seguridad global, surgieron como demandas de los mismos poderes centrales que poco antes habían exigido el desmantelamiento de los Estados como condición para asegurar la eficiencia económica y el libre curso de la globalización.

Al mismo tiempo, –como bien ha señalado Gray–, la reaparición de la escasez de recursos como un fenómeno decisivo en la reorganización del sistema internacional

posterior a la guerra de Irak, mostró de manera fehaciente “que la idea (de la economía neoclásica) de que una combinación de nueva tecnología y las fuerzas del mercado permitiría a la humanidad eludir la escasez natural era una simple ilusión”. De ahí que en los últimos tiempos, el retorno de la geopolítica como el elemento sustantivo de la política internacional se hace cada día más evidente. El petróleo y el gas se transforman en el elemento esencial, dado el rol que juegan en el sostén de las economías de América del Norte, Europa, Japón y, crecientemente, China.<sup>12</sup>

Más aun, el clima de guerra e inestabilidad en las expectativas económicas ha restablecido el movimiento pendular entre apertura y proteccionismo que ha caracterizado las actitudes políticas en los Estados Unidos. Desde que el presidente Bush restableciera tarifas para el sector del acero, hasta el triunfo del Partido Demócrata en las últimas elecciones, el entusiasmo aperturista de la sociedad norteamericana parece haberse evaporado. Con ello, y tras las crisis de la Argentina y los efectos negativos en varios países, incluido el Japón de las llamadas reformas estructurales del Consenso de Washington, las recetas neo liberales están en franca retirada.

Es claro que nada de esto significa que la globalización dejó de existir, ni siquiera que su dinámica de transformación tecnológica y económica se redujo, pero sí demuestra que su interacción con los procesos políticos, sociales y culturales no es lineal; que la relación entre globalización y neo liberalismo era espuria y que la pretensión de la superación de los Estados Naciones o de subordinación si no supresión de la política, pertenecía al reino de las ilusiones.

En este sentido se requiere un análisis mucho más complejo de las tendencias políticas globales para entender la forma como interactúan los Estados nacionales con las dinámicas globalizantes. El Estado nación se debilitará o fortalecerá dependiendo de las circunstancias; lo que interesa en realidad es determinar que efectivamente se incorpora, y la forma como se incorpora al proceso de occidentalización. Un camino analítico que promete ser más fructífero, aunque a mi juicio aún precario, es el que han planteado Hardt y Negri en sus obras “Imperio” y “Multitud”. En ellas exploran la “tendencia” hacia un orden político mundial en curso de formación, construido en redes, cuyos puntos nodales son los Estados Naciones dominantes, las instituciones supranacionales y las grandes empresas capitalistas. Construida de manera desigual y jerarquizada entre actores dotados de distintos niveles de poder, esta estructura en permanente reformulación, a la que se denomina “Imperio”, se activa ante los recalentamientos de una “guerra civil” que es permanente, atiende o desatiende actores en la medida en que se movilizan las “multitudes” que, activadas por la globalización, reclaman más democracia.<sup>13</sup> Cualquiera sea el camino analítico emprendido, el rescate de los aspectos propiamente políticos de la globalización demanda la identificación de intereses y capacidades y ello conduce directamente a los actores dominantes que dan al proceso de globalización sus impulsos expansivos.

## II. EL TRANSCURSO DE AMÉRICA LATINA

Una mirada a la región latinoamericana bajo estos conceptos parece demostrar que, tras un auge radical en la aplicación del neo liberalismo, se produjo un desmoronamiento progresivo de las visiones ideológicas más extremas de la globalización, hasta arribar hoy día, a una fragmentación en las percepciones de lo que constituye “lo global”, que incluye a quienes se consideran suficientemente fuertes como para rechazar lo que ven simplemente como imperialismo, y a otros que aprecian en la globalización nuevos espacios de desarrollo social y político, pero perciben a América Latina inserta en un vaivén complejo, lleno aún de contradicciones con las tendencias globales.

Hay cinco elementos que nos parece necesario destacar. Se trata de procesos sociales o políticos que reflejan diversas tensiones más con la ideología de la globalización que con el proceso en sí mismo. El primero es el de la vinculación de las élites globalizadas de la región con el sistema de poder global y el fracaso de su experiencia ideológica. El segundo, el consiguiente ensanchamiento de los límites de la acción del Estado en la sociedad y en la economía. El tercero, la nueva activación de movimientos sociales. El cuarto, el de la reaparición de la geopolítica, como resultado de la situación energética de la región. Y el quinto, el de la ausencia relativa de los Estados Unidos del hemisferio, es decir, el desdibujamiento del émbolo de la “globalización real” en la región, y como esto genera un espacio de fragmentación o de pluralidad ideológica (depende cómo se le mire) en el área, y un teatro de acción política diversificada que resulta casi inédita en la región.

Veamos de inmediato el tema de las elites y luego el del Estado. Durante la década de los noventa, la mayoría de América Latina experimentó la adhesión de una parte de sus elites, las más internacionalizadas, a una propuesta de reducción radical del Estado y liberalización de los mercados, acompañada por la idea de la inevitabilidad de la absorción o descarte de los mercados nacionales por una suerte de magma global financiero y tecnológico con capacidad de discriminación, premio o castigo, que era “el mercado global”. Creer en que a mayor mercado habría menos Estado y viceversa, era la condición primera de la modernidad.

Por cierto que esta vinculación de las élites a los procesos de internacionalización, no constituye novedad alguna en la evolución capitalista, y en el caso latinoamericano ella fue suficientemente analizada por las llamadas “teorías de la dependencia” que primaron en el análisis social de la región en los años sesenta del pasado siglo. Pero la adhesión al neo-liberalismo de las élites de poder, ha sido acompañada por el surgimiento de una red de formación universitaria, principalmente en los Estados Unidos, así como de un “apostolado” ideológico en la que se retroalimentan los medios de comunicación escritos y televisivos del hemisferio con un conjunto de economistas, organizados en redes a través de toda la región. Entre ellos, los principales, son los operadores financieros internacionales, que cual nuevos mandarines del pensamiento económico correcto,

tienen como misión difundir desde los organismos financieros internacionales, o desde los bancos y las empresas transnacionales donde se hallan instalados, el ineluctable curso de expansión de los mercados y la necesidad de permanecer vigilantes ante las “externalities” que les afectan y amenazan. Entre ellas, la principal amenaza proviene del Estado, al que se trata de reducir a una simple función de control del orden público y de garante del menor número de reglas posibles.

Hoy, a pesar que las ideas neoliberales, continúan permeando a gran parte de las elites latinoamericanas más conservadoras, los límites en el imaginario político acerca de lo que el Estado puede y no puede hacer para evitar ser castigado por los mercados internacionales, parecen flexibilizarse. La idea de la globalización como el ojo divino que sigue a cada Estado por la tierra vigilando su comportamiento para distribuir el capital entre los justos, se hace hoy más laica y sus practicantes un poco más escépticos. El desarrollo político de la región muestra que el imaginario político se ha ensanchado. Mientras los países más exitosos se orientan hacia un Estado que define políticas de desarrollo que busquen aprovechar las oportunidades que ofrece la globalización, resistiendo al mismo tiempo sus efectos más desintegradores, en otros países los electorados han votado explícitamente contra “la globalización” y sus “consecuencias internas”, construyendo regímenes “nacional populares” que financiados con recursos naturales han logrado adquirir una estabilidad política, quizás precaria en una perspectiva de largo plazo, pero en todo caso, impensable hace pocos años.

Esta evolución no era previsible a fines de los noventa. Es bien sabido que en esa década, el llamado “Consenso de Washington”, esa liberalización de los mercados, —concebida al decir de Stiglitz, en las pocas cuadras que separan al Fondo Monetario Internacional del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y el Banco Mundial—, se instaló por doquier. Es verdad que algunas políticas dieron resultado: “en muchos casos se logró reducir tasas de inflación muy altas; el déficit del sector público en los cinco años precedentes a la crisis asiática se mantuvo en un 1,5% del GDP, lo que no fue un mal resultado, mientras las exportaciones crecieron vigorosamente al 8 y 9%.”<sup>14</sup>

Las medidas sirvieron igualmente para instalar por doquier principios de respeto al manejo de las variables macroeconómicas: un control del déficit público y de la inflación, entre otras cosas, lo que ha sido sin dudas importante para la buena gestión económica que ha seguido. Sin embargo, el resultado global de estas reformas no fue positivo. “Tras 15 años de políticas neoliberales, privatizaciones masivas, liberalización del comercio y de los mercados de capitales, el crecimiento del PGB fue de aproximadamente 2,6% anual entre 1990 y 2004. Hubo un estancamiento del output por trabajador, inestabilidad laboral y una caída en el ingreso medio de los trabajadores no calificados”.<sup>15</sup> La pretensión de homogeneidad ideológica de las medidas de reforma produjo en muchos lados resultados catastróficos en el plano político y social.

De todos los países de la región, la Argentina es quizás donde esto se prueba de una manera más clara. Introducidas “desde el Estado por una coalición conservadora

hegemonizada por el establishment financiero local, interlocutor privilegiado de los organismos multilaterales de crédito y de las élites financieras globales”, lo importante para sus autores parecieron ser las reformas mismas y no sus resultados. Su objetivo fue probar “las ventajas de la globalización como vehículo de modernidad (...); la creación de mercados como mecanismo privilegiado para resolver desde el déficit fiscal hasta las prestaciones provisionales y de salud; la mercantilización de las relaciones productivas en nombre del individualismo liberal como vehículo para erosionar los intereses corporativos y para restringir el “intervencionismo estatal”.<sup>16</sup> El resultado fue, como se sabe, “el colapso institucional” del país. Y junto a eso, un proceso radical de desindustrialización, la polarización en la distribución del ingreso, el surgimiento de tasas inéditas de desocupación y una pauperización acelerada de la población.<sup>17</sup> Desde 2004, un gobierno surgido de las cenizas del sistema político encarrila al país por un camino de abierta heterodoxia económica, negocia el pago parcial de la deuda externa y restablece un proceso de toma de decisiones en el que prima la abierta intervención estatal en la economía. Logra así tasas de crecimiento importantes, restablece la capacidad de apoyo estatal a los sectores más afectados por la crisis y orienta un proceso de desarrollo basado en la iniciativa estatal. En este camino, la reacción de los organismos financieros internacionales y los Estados garantes del sistema global, más allá de su inconformidad, ha debido amoldarse a los planteamientos del gobierno argentino.

En México por otra parte, al primer entusiasmo globalizador, con su apertura económica, comercial y financiera, que a decir de Rolando Cordera impulsó “una reconfiguración de la geografía económica y humana” del país, con “la aparición impetuosa de núcleos industriales exportadores, “una relativa sofisticación tecnológica” y un ascenso espectacular de la inversión extranjera directa, se sucedió un proceso de creciente frustración. “Pronto (...) los caminos sinuosos y la volatilidad de la globalización *a la americana*, en la que México se embarcó, (...) le mostraron al país su peor cara y empezaron a desplegar una dialéctica negativa que de entrada se expresó en una nueva recesión y el retorno de un camino de crecimiento económico lento<sup>18</sup>. El lanzamiento del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos coincidió con una fase de apertura democrática y un crecimiento económico que auguraron una vez más “la rápida integración de México a la globalización”. Sin embargo, la fórmula de integración económica con el vecino del Norte requería necesariamente avanzar en terrenos que iban más allá de la sola asociación comercial. El 11 de septiembre de 2001 lo hizo imposible. La “globalización a la americana” como la llama Cordera había hallado sus límites. El cambio de prioridades estadounidense fue “adverso si no opuesto a la visión mexicana” y confirmó a muchos mexicanos que se impone una revisión de la estrategia de globalización en su conjunto.<sup>19</sup> Como consecuencia, el tema central de la política mexicana ha vuelto a ser la pobreza y la marginación. Más aun: la división geográfica del país entre Estados “incorporados” al Norte, y Estados retrasados o marginados al Sur, se transforma crecientemente en un problema central.

Otro ha sido el caso de Chile. Introducidas durante la dictadura militar, las medidas neoliberales fueron ampliamente corregidas por los gobiernos democráticos desde 1990 en adelante. De este modo, y al revés de los demás países de la región, la década de los noventa fue la de mejor desempeño económico en toda la historia del país. Con una tasa de crecimiento promedio anual de 6,3% entre 1989 y 2000, el ingreso per cápita aumentó en 66% durante los mismos años. Tal como ha señalado Ottone, “ Si bien los gobiernos democráticos no volvieron atrás en un conjunto de medidas modernizadoras de la dictadura en el ámbito económico, modificaron y corrigieron orientaciones fundamentales que abarcaron desde el ámbito fiscal, la educación, la infraestructura y las políticas sociales en una dimensión tal que la transformación no sólo ha sido radical en cuanto a la democratización del país, sino que hace intelectualmente injusto hablar de continuidad del modelo y francamente absurdo hablar de continuismo neoliberal.”<sup>20</sup>

La singularidad del caso chileno ha sido adjudicada principalmente a la fortaleza de su marco institucional. Sin embargo, es necesario destacar que en ella se expresó de manera muy determinante la voluntad de sus élites democráticas de “producir” un orden social que permitiera la consolidación de esas instituciones. Ha sido la calidad de la política y de las políticas públicas en el campo social, –no sólo el orden económico, el que ha permitido su éxito. El caso de Chile es uno de “buen gobierno” y de empalme de la sociedad civil y el Estado en un proyecto común. Es verdad que la estacionalidad de sus exportaciones y el tamaño reducido de su mercado interno favoreció la apertura de su economía y un notable incremento en el volumen exportador. Estos factores permitieron al país negociar una verdadera ola de acuerdos comerciales con América Latina, pero muy especialmente con los Estados Unidos, la Unión Europea, Canadá y ahora China y Japón, que han asegurado nichos de mercado, pero sobre todo han confirmado una voluntad política y una orientación institucional de apertura al mundo. Ha sido así su progresivo fortalecimiento institucional lo que le ha permitido plantearse tasas de crecimiento económico al margen de los ciclos por los que atraviesa la economía internacional, y al mismo tiempo desarrollar políticas sociales que permiten disminuir una desigualdad que a pesar de los años de crecimiento resulta aún un problema elusivo.

Observemos brevemente por último el caso de Bolivia, paradigmático de una globalización “en los márgenes”. Mientras la economía de los años 90 simplemente no creció, las élites empresariales optaron, como señalan Calderón y Szmukler, por una “transnacionalización regional”: “las regiones tenderían a generar alianzas internacionales para poder insertarse mejor en los mercados globales, antes de acudir al Estado”. Sólo el gas y el atractivo que este implica para las empresas transnacionales, tuvo significación en las reformas y privatizaciones de los noventa. Sin embargo Bolivia muestra de manera más cruda que los casos anteriores la variedad y complejidad del fenómeno de globalización. La multiplicación de redes informales expresadas por el crecimiento de los grupos religiosos no cristianos, por la migración de bolivianos hacia los países vecinos, por la expansión del Internet y, sobre todo, por el desarrollo del narcotráfico que instala al país como uno de los centros de las operaciones norteamericanas anti-droga en el

hemisferio, muestran más acerca de la globalización a venir en la región que lo que podrían expresar las prédicas de los economistas neoliberales. Y también por otra razón, demasiado visible hoy como para no ser principal: el surgimiento de un movimiento anti-globalización especialmente presente en las mayorías indígenas, que ha llevado al poder al gobierno del Presidente Evo Morales.

En estos cuatro casos se reúne entonces una serie de elementos políticos que se vinculan con los procesos globales. La vinculación de América Latina a circuitos financieros globales es algo que ocurre desde hace mucho tiempo. La novedad radica sin embargo en la extensión global que dichas redes adquieren y en la velocidad de la circulación de la información entre ellas. El movimiento de masas de dinero en tiempo real y el impacto del flujo de inversiones o de la especulación monetaria sobre los mercados transfiere efectos de desestabilización política de consecuencias inéditas. Es en este sentido que, como señala Castells, la globalización supera a los Estados y articula a los segmentos dinámicos de las sociedades en todo el planeta, al tiempo que desconecta y margina a aquellos que no tienen otro valor que el de su vida.

Pero si en principio el caso argentino constituye un caso paradigmático de una forma extrema de articulación perversa entre elites globalizadas y de desarticulación completa del Estado, las medidas de “encaje” a los capitales “golondrina” establecidas en Chile, por ejemplo, demuestran como el Estado puede incidir en las redes entre élites financieras y conducir los factores de estabilidad. Que el país de economía más abierta y con mayor voluntad política de inserción en el proceso de globalización haya logrado éxitos económicos y sociales, no prueba ni la bondad ni la maldad del proceso, sólo demuestra que, dadas ciertas condiciones económicas básicas, un Estado, con instituciones efectivas y buen gobierno puede diseñar con éxito una estrategia propia de inserción en el sistema global. En este sentido, si bien parece evidente que en un marco de globalización de los flujos de poder el Estado pierde capacidad de acción, no puede desconocerse que más que disminuir su rol, lo que hace es transformarlo. La forma de imbricación de la sociedad y las instituciones del Estado, que en países como los latinoamericanos deben marcar con fuerza su presencia y estabilidad, se hace determinante en la productividad y competitividad de las economías locales, si lo que se desea es atraer proyectos de inversiones viables y sustentables en el tiempo.

En estos cuatro casos se hace también visible el fenómeno de la exclusión social y el deterioro en las condiciones de equidad generados por el modelo de la globalización real, así como de las enormes dificultades para corregirlo. Con la excepción, una vez más de Chile, que muestra éxitos indudables en la disminución de la pobreza y ha logrado por lo menos detener el aumento de la inequidad social, en Argentina, México y Bolivia las disparidades sociales se incrementaron dramáticamente. El resultado ha sido una nueva voluntad del Estado de acometer proyectos destinados explícitamente a conseguir mayor igualdad social, ensanchando los límites de la acción política frente a las condicionantes que establece por una parte la economía y por la otra la presión de los movimientos sociales.

### III. LOS LÍMITES DE LA GLOBALIZACIÓN: MOVIMIENTOS SOCIALES Y GEOPOLÍTICA.

En 1998, en su libro “Falso Amanecer”, John Gray realizó dos observaciones que hoy parecen singularmente importantes. La primera fue la paradoja que significaba el que la expansión global de la producción industrial y las nuevas tecnologías, promovidas por el movimiento irrestricto de capitales y un comercio sin barreras, terminaba amenazando la estabilidad del mercado global que deseaba constituir Estados Unidos. “No hay nada en el mercado global actual que le permita protegerse de las tensiones sociales que producirá un desarrollo económico desigual, tanto dentro como entre sociedades. El vertiginoso surgir y declinar de las industrias y los modos de vida, los cambios bruscos de producción y capital, el casino de la especulación monetaria, —esas condiciones detonan el surgimiento de movimientos contrarios que desafían las reglas básicas mismas del mercado global”, decía Gray. La segunda afirmación es que la globalización aumentaría la demanda por recursos escasos y generaría por consiguiente el retorno de la geopolítica y de las guerras por la escasez.<sup>21</sup> La guerra de Irak, las tensiones con Irán, las preocupaciones occidentales ante la ola de resentimiento en el Medio Oriente está generando, así como los problemas en Europa y el Cáucaso por el uso que hace Rusia como instrumento de presión política, son todos problemas que deben inscribirse en este marco.

En América Latina las dos observaciones de Gray adquieren una gran vigencia. Veamos en primer lugar el tema del desarrollo de los llamados nuevos movimientos sociales. En la última década, pero especialmente en los seis años transcurridos desde el cambio del siglo, hemos contemplado en la región un fenómeno de expansión participativa y democrática sin parangones. Tal como ha dicho Fernando Enrique Cardoso, “en medio de sociedades que continúan siendo violentas e injustas, la gente comienza a reflexionar y tomar decisiones por sí misma. Ese es el cambio más importante en la región”<sup>22</sup>.

De este modo, ya sea porque la globalización tecnológica y comunicacional genera una incorporación mediática de los marginados, incrementando su conciencia de tales, o porque la incapacidad demostrada por el Estado para remediar la desarticulación social reconfirma identidades locales y étnicas, el caso es que la década de los noventa produjo un renacimiento importante de movimientos sociales que superan los partidos y dejan de lado las estructuras del Estado. Que en una gran parte de la región el fenómeno de la globalización real coincidiera por distintas razones con una expansión de los derechos y las prácticas democráticas, contribuyó sin dudas a que estos movimientos adquirieran carta de ciudadanía y se pusieran como meta alcanzar por la vía democrática el poder del Estado.

Las consecuencias de este proceso político están a la vista. Los sectores sociales perdedores ante la globalización, aquellos que no han tenido acceso a la modernidad, los movimientos sociales nuevos, pero también los viejos, han entendido que a través del

voto popular pueden señalar claramente que su paciencia se acabó. Eso es lo que han expresado los procesos electorales que han llevado al poder a Evo Morales en Bolivia, a Lula da Silva en el Brasil, a Rafael Correa en Ecuador, a René Preval en Haití o a Daniel Ortega en Nicaragua, pero también los que han mantenido en el poder a Hugo Chávez en Venezuela o han estado cerca de alcanzarlo en el Perú con Ollanta Humala y en México con Andrés Manuel López Obrador.

En sociedades duales como las de la región latinoamericana, los llamados a “aumentar la competitividad” para incorporarse a la globalización reflejan una realidad que separa a los sectores modernos en cada sociedad de aquellos que se esfuerzan simplemente por superar su exclusión y ser reconocidos como actores. A esto se debe que, como reacción a la homogeneización globalizadora propuesta en los noventa, la región manifiesta claros signos de dispersión en sus orientaciones. Como bien apunta Fernando Calderón,<sup>23</sup> a pesar de que la gran pregunta que sirvió de telón de fondo al calendario electoral 2005-2006 fue la misma (¿Con cuál esquema se puede reemplazar al agotado modelo neoliberal?) la respuesta no fue igual en todas partes, mejor dicho, fue diferente de un país a otro. Más que coincidencia en un modelo “de izquierda”, —como han pretendido algunos analistas— lo que se percibe es una fragmentación de posiciones y un retorno a los “modelos nacionales de desarrollo”. Es verdad que alguna agrupación de pareceres ideológicos puede intentarse: mientras en el Norte de la región, especialmente en Colombia, México y la mayoría de Centroamérica, las respuestas de una institucionalización conservadora parecen primar, en el Cono Sur y en el Perú han prevalecido lógicas de reformismo pragmático y es sólo en Venezuela, Bolivia y ahora último en Ecuador y Nicaragua, donde se ubica un grupo cuyo discurso se acerca a las posturas de una izquierda nacionalista. Sin embargo, tan pronto se acerca el lente, las diferencias entre Colombia y México, o entre Bolivia y Venezuela se hacen evidentes. En todos los casos la necesidad de un camino propio de incorporación al sistema global parece estar presente.

Por otra parte, la cuestión de las “identidades” a las que se ha referido Castells adquiere aquí gran relevancia. La “orfandad” de regiones y naciones abandonadas por su Estado se ha expresado en el resurgimiento de identidades étnicas desde Chiapas, Guatemala y Bolivia hasta el Amazonas y en la renovación de las reivindicaciones mapuches, sino también el brote de identidades regionales y nacionales. Regiones como la de Santa Cruz en Bolivia, duramente contrapuesta al gobierno de Morales, pero también en Colombia las de Antioquia al Cauca, o en México las del Norte incorporadas a los procesos de mayor dinamismo económico y las del Sur, Yucatán y Chiapas en su combate contra la marginalización, expresan este fenómeno de manera notable. Los recientes resultados electorales de México, por ejemplo, pero también aquellos del Perú, Ecuador y Bolivia demuestran hasta qué punto la distancia entre las regiones incorporadas al proceso de modernización y aquellas marginales al proceso, se expresa electoralmente, llegando en algunos casos a significar una verdadera división política del país.

De la misma manera, un resurgente “nacionalismo” económico y político halla expresión en casi toda Latinoamérica, adquiriendo una dimensión particularmente radical en las nacionalizaciones de recursos naturales que se han verificado recientemente en Bolivia y Venezuela. De este modo, la diversidad de formulas de desarrollo en que parece dividirse la región no implica una reducción de la interacción política entre las naciones que la componen. En realidad, lo que sucede es que las formas comerciales de integración que se expresaron durante los noventa y que constituyeron el MERCOSUR, y alentaron revitalizaciones precarias del Grupo Andino se han transformado en formas políticas.

Es en este punto donde puede observarse la validez de la segunda consideración de Gray: el retorno de una geopolítica. El llamado “proyecto bolivariano” propuesto por el Presidente Chávez sobre la base del poder energético de su país, las políticas venezolanas y cubanas de ayuda social a otras naciones latinoamericanas, la incorporación creciente de Cuba al dialogo regional, el mismo ingreso de Venezuela al MERCOSUR, las propuestas de asociación entre los bloques o de creación de nuevas asociaciones—, adquieren necesariamente un carácter nuevo y significan una irrupción de la política en las relaciones intra-latinoamericanas. El creciente rol de liderato del Brasil y la capacidad en el Cono Sur de desarrollar una política activa de cooperación en el desarrollo de infraestructura y en la integración de políticas en el marco de las comunicaciones y la educación son otra manifestación de este fenómeno.

La cuestión geopolítica adquiere igualmente una dimensión más compleja cuando se observa la política de Venezuela hacia Irán, Siria y Rusia. El tema energético y el poder que este ha otorgado a un gobierno con una retórica extrema anti norteamericana, está generando un acercamiento de la región hacia conflictos que no tuvieron en el pasado más que una presencia remota entre nosotros, y está marcando sobre todo, la vigencia de las disputas de poder interestatales. En efecto, la introducción de países de la región en temas globales, que marcan graves conflictos entre Estados, motivados por el eventual desarrollo de armas nucleares o de control de la energía, no parece responder al concepto liberal de la globalización y el predominio de los mercados, sino a una vieja lógica de poder estatal. De persistir provocará necesariamente el reingreso de los Estados Unidos a la política hemisférica, algo de lo que ha estado ausente durante los últimos años.

#### IV. LOS ESTADOS UNIDOS Y LA GLOBALIZACIÓN

La relativa ausencia de los Estados Unidos en la región latinoamericana desde que el terrorismo islámico golpeó Nueva York, ha generado la idea de que América Latina, “while the eagle looks elsewhere”, es más libre para emprender caminos más heterodoxos de desarrollo, pero a la vez, la región halla cerrados, ya sea por aranceles,

por subsidios internos o por medidas migratorias, los caminos para aprovechar las ventajas competitivas de sus exportaciones o de su fuerza de trabajo en el mercado norteamericano.

Este solo enunciado muestra la complejidad de la relación entre la primera potencia mundial y la globalización. Los Estados Unidos están sobrepuestos de manera insoluble y a veces indistinguible con el proceso global. Así como no es posible comprender los mercados sin observar la naturaleza del Estado, no parece posible entender la dinámica global sin considerar la naturaleza del poder del primer Estado capitalista. Naturalmente esto no implica una relación de “control”: los Estados Unidos no controlan ni tampoco pretenden regular la globalización, impedidos como están por el predominio de ideologías del “laissez faire”. Pero ellos son el fenómeno político principal tras el proceso de expansión capitalista global. Desde ellos se origina la expansión cultural “occidentalista” de ideas, patrones de consumo, estructuras de poder y técnicas de organización. De ellos surge también la revolución de las comunicaciones y de la técnica que califica el proceso y marca su naturaleza específica: la supresión del tiempo en la circulación de sus redes.

Es por todo esto que la observación de las últimas dos décadas de la relación entre Estados Unidos y América Latina muestra con una luz particular la evolución de los fenómenos, tanto ideológicos como reales de la globalización. Dicho brevemente: la promoción por Washington de una perspectiva de libre comercio de Alaska a la Patagonia, como fuera inicialmente presentado el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), contribuyó de manera importante a “ordenar” a América Latina tras metas de apertura y privatizaciones que parecían augurar un futuro de integración de las economías “latinas” a la economía más grande del mundo. El surgimiento desde la Organización Mundial de Comercio de un “modelo” de asociación que incorporaba no sólo la apertura comercial en materia de bienes, sino también los servicios, las inversiones, la propiedad intelectual y las compras de gobierno; que incluía igualmente normas medioambientales y laborales, pareció en efecto indicar que el camino estaba trazado. La integración del comercio mundial se dinamizaba, más que por acuerdos globales, por la generación de grandes bloques, y el del hemisferio sería uno principal. Para América Latina ese sería el camino de la globalización.

El impacto sobre los gobiernos de la región fue evidente. Durante varios años de la década de los noventa, los países americanos se reunieron en torno a grandes mesas de negociación guiados por el objetivo de la asociación comercial. Es verdad que hubo resistencia de algunos países —en especial el Brasil— que pensaban que “reglas uniformes para socios desiguales sólo pueden producir resultados desiguales”, y que logró detener en parte la mecánica negociadora. Pero hasta entrado el nuevo siglo existió un consenso regional en el que el principio de incorporación a la globalización podía ser contradicho en los tiempos y en las formas, pero no en sus contenidos y que la integración hemisférica, lo que equivalía a decir la asociación con los Estados Unidos, era sólo cuestión de tiempo, por cuanto era inevitable.

El 11 de septiembre modificó radicalmente este cuadro. Los Estados Unidos no sólo parecieron desinteresarse en el hemisferio, sino que por razones reales o ficticias de seguridad volvieron a cultivar un cerco que les separa de la región. El ALCA, como un proceso indefinido de asociaciones sucesivas, es un concepto superado y sin viabilidad política. El propio TLC con México se ve superado por la construcción de un muro entre los dos países destinado a impedir el paso de la inmigración ilegal. La pequeña dosis de entusiasmo integrador que significan las propuestas de TLC con Colombia y Perú se ve moderada por la reticencia de una creciente mayoría demócrata con tendencias claramente proteccionistas.

Que el nuevo émbolo globalizador sea la República Popular China, dice mucho acerca de la evolución de la ideología de la globalización, o si se prefiere, entre la relación inicial que ella tuvo con la ideología neoliberal. Una economía de espacios capitalistas controlados y crecimiento descontrolado, encarna hoy día la expresión más dinámica de la integración y la dependencia a nivel global. Esta realidad explica en buena medida el crecimiento latinoamericano actual, y más allá de eso, el que junto al relativo y probablemente pasajero eclipse norteamericano, América Latina vea incrementada la imbricación de sus economías, con los países asiáticos. Las políticas deliberadas de varios países del Pacífico, tales como Chile y Perú, por incrementar sus lazos con el Asia a través tanto de la APEC como de acuerdos comerciales, constituye un factor que puede incidir de manera particular en las relaciones hemisféricas, especialmente si se considera el carácter central que necesariamente adquirirán en los próximos años las relaciones competitivas entre China y los Estados Unidos.

## V. INCONCLUSIÓN

La globalización no es un camino unívoco, sino más bien un conjunto de laberintos. La existencia de reglas globales orientadas a regular estos flujos parece hasta hoy contradecir la esencia del proceso globalizador, pero será en definitiva la única posibilidad real de incorporar la enorme variedad de situaciones de poder que combinan dentro del sistema internacional.

Si la comprensión de la evolución de una sociedad requiere construir una visión de los módulos de interrelación o entrelazamiento que vinculan los ámbitos de la economía con aquellos de la cultura, la política y la estructura social, entonces también la forma como la sociedad se vincula con los fenómenos globales requerirá de una reconstitución de los lazos externos y de cómo estos se “internalizan” y se traducen en efectos a menudo inesperados y siempre particulares en cada sociedad.

En realidad, el carácter a la vez inclusivo y excluyente del fenómeno del capitalismo global dice muy poco sobre el comportamiento que observarán quienes

ganen o pierdan en el vertiginoso proceso de incorporación financiera, comercial o tecnológica de sus sociedades a los núcleos económicos centrales conformados por las economías desarrolladas y las instituciones que éstas han desarrollado. Y las formas que adquiera ese comportamiento será el aspecto central a observar para poder evaluar el efecto de la globalización sobre la política.

---

## NOTAS

- <sup>1</sup> Emmanuel Wallerstein ha desarrollado el pensamiento crítico del capitalismo global en libros como "World System analysis: An Introduction" o "European Universalism: The Rethoric of Power".
- <sup>2</sup> Gustavo Lins Ribeiro. "Other Globalizations: Alter-native Transnational Processes and Agents". Working Paper: December 2006. The Edelstein Center for Social Research.
- <sup>3</sup> Peter Sloterdijk. "Le Palais de crystal; A l'interieur du capitalisme planetaire". Maren Sell Editeurs 2005. p.369.
- <sup>4</sup> Véase David Held, David Goldblatt, Anthony McGrew, Jonathan Perraton, "The Globalization of Economic Activity", *New Political Economy*, vol. 2, no.2, July 1997, pp. 257-77. Véase también John Gray, "False Dawn, The Delusions of Global Capitalism"; Granta Books 2002. pp.55-60.
- <sup>5</sup> Manuel Castells, "Globalización, identidad y Estado en América Latina" Conferencia pronunciada en el Palacio de la Moneda, Junio 1999. Temas de Desarrollo Sustentable, PNUD/ Ministerio Secretaria General de Gobierno. Santiago de Chile 2000. El énfasis es mió.
- <sup>6</sup> Manuel Castells. Introducción. En Fernando Calderón (Coordinador) "¿Es Sostenible la Globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells" Vol. PNUD, Fondo de Cultura Económica. Primera Edición, Chile 2003. p.19.
- <sup>7</sup> Lo que no significa, por cierto, que quienes las han propuesto no hayan incursionado en todos estos aspectos.
- <sup>8</sup> Peter Sloterdijk, op. cit.
- <sup>9</sup> Manuel Castells, op. cit. p.3
- <sup>10</sup> Kenichi Ohmae "The End of the Nation State, The rise of regional economies, London Harper and Collins, 1995, pp. 15, 19-20. Citado en John Gray, "False Dawn", op. cit. p. 64.
- <sup>11</sup> Jurgen Habermas. " Apres l'Etat Nation, Une Nouvelle Constellation Politique" Fayard, Paris 1998. pp.88-89.
- <sup>12</sup> John Gray. "False Dawn; the Delusions of Global Capitalism". Foreword to the 2002 edition pp.xvi, xvii.
- <sup>13</sup> Véase Antonio Negri y Michael Hardt, "Empire", trad.fr: Denis-Armand Canal, Exils, Paris, 2000-2004. y "Multitude, War and Democracy in the Age of Empire", Penguin Press, New York, 2004.
- <sup>14</sup> Ricardo French-Davis. "The need for Home Grown Development Strategies" En "Focus; UNDP: April 2005. pp.6-7.
- <sup>15</sup> Ibid. P.7
- <sup>16</sup> Hector Palomino y Ernesto Pastrana. El Caso Argentino: Los Nuevos Movimientos Sociales" en Fernando Calderón (Coordinador) "¿Es Sostenible la Globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells Vol. I Fondo de Cultura Económica. PNUD. Primera Edición, Chile 2003. pp.191-196.

<sup>17</sup> Ibid. p. 194

<sup>18</sup> Rolando Cordera Campos "La Nación en la Globalización: Cambio Económico, Exclusión Social y Democratización en México". En Fernando Calderón. *¿Es Sostenible la Globalización en América latina?* op.cit. Vol.II pp.172-173.

<sup>19</sup> Ibid. p. 174

<sup>20</sup> Ernesto Ottone. "Sostenibilidad de la globalización, el caso chileno". En Fernando Calderón op. Cit. Vol. II. Pp220-222.

<sup>21</sup> Vease John Gray "False Dawn" *The Delusions of Global Capitalism*". Granta Books, London 1998.

<sup>22</sup> Fernando Enrique Cardoso, "Comentarios al Proyecto PAPEP" Documento interno PNUD, Octubre 2006.

<sup>23</sup> Fernando Calderón, "Panorama electoral de América Latina: ¿qué reemplaza al modelo neoliberal?", *Nueva Sociedad*, Edición especial, Buenos Aires, marzo de 2006.